

teis vuestra sabiduría? Si sois ricos ¿quién permite que lo seais? Si os hacéis estas preguntas, deberéis doblar la cabeza, porque aun cuando valieseis cada uno mucho más que los otros, no tendríais el derecho de enorgulleceros, sino que deberíais recordar que la Providencia puede despojaros de todo. ¿Qué somos los mortales al lado de María? Y sin embargo, ella se complace en llamarse y manifestarse sierva del Señor y sierva de sus prójimos. Así fué como mereció atraernos á Dios sobre la tierra y ser llevada á los cielos. No pueden ser los hijos más privilegiados que los padres, y para reinar con ella en el cielo, deben ser como ella humildes en la tierra.—Así SEA.

CIRCUNCISION DEL NIÑO JESUS

DÍA CATORCE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ecce venio, Deus: in capiti libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam; Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis meis.

Psal., XXXIX, 8, 9.

Per inobedientiam unius hominis peccatores, constituti sunt multi, et per unius obediendum iusti constituentur multi; sicut regnavit peccatum in mortem, ita, et gratia regnet per iustitiam in vitam æternam.

Rom., V, 13.

Apparuit Abraham Dominus; et dixit ad eum: Ambula coram me, et esto perfectus; ponam fœdus meum inter me et te, et multiplicabo te vehementer nimis. Cecidit Abraham pronus in faciem, dixitque ei Deus: ego sum, et pactum meum tecum, erisque pater multarum gentium.

Genes., XVII, 1-4.

Dixit iterum Deus Abraham: Et tu ergo custodies pactum meum, et semen tuum post te in generationibus tuis. Hoc est pactum meum quod observabitur inter me et vos, et semem tuum post te: circumcidetur ex vobis omnemasculinum: et circumcidetis carnem præputii vestri, ut sit in signum fœderis inter me et vos.

Ibid., 9-11.

Infans octo dierum circumcidetur, omne masculinum in generationibus vestris; tam vernaculus quam empitius circumcidatur et quicumque non fuerit de stirpe vestra: eritque pactum meum in carne vestra, in fœdus æternum. Masculus cujus præputii caro circumcisa non fuerit, delebitur anima illa de populo tuo, pactum meum irritum fecit.

Genes. XVII., 12-14.

Et postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer, vocat in ets nomen ejus Jesus quod vocatum est ab angelo priusquam in utero conciperetur.

Luc., II., 21.

Omnes prophete testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus omnes qui credunt in eum.

Act., X., 43.

Salvator noster Jesus-Christus dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate et munderet sibi populum acceptabilem secretorem bonorum operum.

Tit., II., 14.

Omnia pene in sanguine secundum legem mundantur, et sine sanguinis effusione non fit remissio.

Hebr., II., 9.

Dicite filiæ Sion: Ecce Salvator tuus venit, ecce merces ejus cum eo, et opus ejus coram illo: et vocabunt eos, populos sanctus, redempti a Domino.

Isa., LXII., 11.

Cum mortui essetis in dilectis, et præputio carnis vestræ, convivificavit vos cum Christo, donans vobis omnia dilecta.

Coloss., II., 13.

Gratificavit nos Deus in dilecto Filio suo in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum secundum gratiæ divitias ejus, quæ superabundavit in nobis.

Eph., VI., 1.

Ipse est pax nostra, legem mandatorum decretis evacans, ut duos condat in semetipso in unum novum hominem.

Eph., II., 14.

Nemo potest dicere: Dominus Jesus nisi in Spiritu Sancto.

I. Cor., XII., 3.

ARTÍCULO II

LOS PADRES.

I. Ved si no es verdad que haya venido á ejercer el oficio de mediador entre Dios y los hombres, el que acabado apenas de nacer, trabaja para reconciliar al cielo con la tierra, para unir lo más bajo con lo más alto. Nace de una mujer, pero de una manera tan maravillosa, que al comunicarle la fecundidad, no altera su virginidad. Envuelto está en pañales, pero los espíritus bienaventurados los celebran en sus cantos; oculto está en un establo, pero marcada está su presencia por una estrella que brilla en el cielo. Su circuncisión da así testimonio de la humanidad que ha tomado por nosotros, y su gloria divina brilla en el nombre que le da el cielo y que está sobre todos los nombres. (*Bernard. serm. in Circum.*)

II. Vimos poco ha á un niño, al verdadero Emmanuel, acostado en un pesebre, y como todos los demás niños, envuelto en pañales; pero sobre su cuna revoloteaba un grupo de ángeles haciendo resonar cánticos sonoros. Estos ángeles anunciaban á los pastores de las inmediaciones el nacimiento del niño Dios. Mas ahora le vemos ya sujetarse á las leyes de Moisés; digo mal, porque se somete á sus propias leyes sancionándolas con su ejemplo divino. Por esto nos dice el apóstol san Pablo: «Cuando éramos niños estábamos bajo la esclavitud de las cosas de este mundo; pero llegada ya la plenitud de los tiempos, Dios nos ha enviado á su Hijo, nacido de una mujer y sometido á la ley, para rescatar á los que sufren el yugo de la ley. (*Cyrill. Alexandrin.*)

III. Hoy es cuando ha derramado el niño las primeras gotas de su sangre. Se le ha hecho la incisión con una piedra afilada. ¿No debemos compadecer su dolor? Com-

padezcamos también el dolor de la madre. El niño Jesús ha llorado á causa del dolor que sintió en su carne, porque tiene sensibilidad en su cuerpo como los demás hombres. Mas al llorar el niño, ¿creeis que podrá su madre dejar de llorar con Él? (*S. Bonavent. in Medit. vit. Christ., cap. VIII.*)

IV. La Virgen lloraba, y al verla su hijo derramar lágrimas le ponía sus manecitas en el rostro y en la boca como para indicarle que no llorase tanto. La amaba tiernamente y natural era que procurase calmar su aflicción. Y la madre que á su vez se sentía herida hasta el fondo de sus entrañas viendo llorar á su Hijo, procuraba consolarle con sus cariños y palabras afectuosas. (*Id. Ibid.*)

V. Su corazón de madre la hacía comprender la voluntad de su Hijo que no articulaba aun palabra alguna y decía: Hijo mío, si queréis que mis lágrimas cesen de correr, no lloréis más, porque vuestras lágrimas hacen brotar las mías. Y compadecido de su madre, dejaba el Hijo de llorar. Entonces la madre ejugaba su llanto y el llanto de su Hijo, le daba de mamar y procuraba con sus amorosos cuidados hacerle olvidar el dolor que acababa de sentir. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. Todo en la vida de María es extraordinario y divino; y sin embargo, ella se esfuerza en hacer que todo parezca ordinario y común.

No debemos ver una virtud particular al seguir á María en el viaje que hizo de Belén á Jerusalén llevando en sus brazos á su Hijo que sólo tenía ocho días de nacido, para someterle á la ceremonia de la circuncisión. Lo que debemos ver es un conjunto de virtudes que concurren á aumentar el amor y devoción que tenemos á María.

¡Cuán conmovedoras escenas se presentan á nuestra imaginación! Acabó Jesús de nacer y María es madre de Dios. Los pastores se presentan para adorarla y los reyes de Oriente han llegado para ofrecer á sus pies sus ricos presentes y el homenaje de su corazón; los ángeles han entonado sus cánticos armoniosos al rededor de la gruta y las montañas de la Judea se han visto iluminadas por un desconocido resplandor. María permanecía tranquila en medio de estos acontecimientos que conmovían el cielo y la tierra; recogida y silenciosa no olvidaba ni un instante la ley de Moisés, que obligaba á todas las madres á sujetar á sus hijos á las ceremonias de la circuncisión.

No sin una grande emoción introdujo por primera vez á su Hijo en el templo. María sabía que Dios la había hecho Madre de un Dios oculto, y se oculta y confunde con las otras madres, como se confundirá también con ellas el día de la purificación.

Dióse al niño el nombre de Jesús. María sabía que Dios le había dado también este nombre y no dió señal alguna de saberlo. Aparentaba ignorarlo todo y fué y cumplió escrupulosamente con cuanto prescribía la ley. Regresó á su casa con la misma humildad y sencillez, observando el mismo silencio que tenía de costumbre, procurando no levantar una sola punta del velo que ocultaba al mundo tantos misterios.

II. Todo es en nosotros ordinario y común; y sin embargo, nos obstinamos en aparentar y aparecer mucho mejores de lo que somos.

El orgullo nos empuja siempre hacia arriba; el amor propio y la vanidad quieren siempre que aparentemos lo que no somos.

El retiro, la vida oculta y la soledad son á nuestros ojos como un sepulcro. ¡Cuán lejos estamos de seguir el ejemplo de María!

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. ¿Quién podrá expresar lo que pasó en el corazón de María cuando vio á su hijo sujeto á una ceremonia tan dolorosa como humillante? Admirada de ver á un niño Dios que por su exceso de bondad, derramaba por los hombres las primicias de su sangre, se entregaba á los más vivos trasportes de gratitud, y practicaba fervorosos actos de amor y adoración. Al sacrificio que Jesucristo hacía de sí mismo con su Padre, unía María el de su propia persona que ofrecía con su Hijo y por su Hijo. Entremos en las disposiciones de esta santa madre; prosternémonos á los pies del trono de Dios para pagarle el tributo de nuestros homenajes y consagrarnos á su servicio con Jesucristo y por Jesucristo.—(*Godscar, Vida de los Padres*).

II. Imposible es enumerar los dolores que sufrió María. Cada mirada de Jesús era como un puñal que penetraba en su alma. Cada vez que lanzaba un grito aumentaba el amor que le tenía María, cuyos dolores eran cada vez mayores. Cada movimiento de Jesús la sumergía en una mezcla de penas y alegrías acerca del pasado y el porvenir, que le causaba una impresión profunda. Cada acto sobrenatural que sentía en su corazón, y sentía muchos, era para ella un nuevo dolor. Efectivamente, ora descubriese alguna nueva maravilla de su divino Hijo, ya que tuviese algún nuevo testimonio de su amor, ya que estrechando su unión con Jesús é iluminando más y más su espíritu la arrebatase en éxtasis de maternal delicia; en fin, cuando quiera que su piedad se encendiese con nuevas llamas en todos esos movimientos interiores, no cabe duda en que, mientras más caro y precioso fuese para ella nuestro Salvador, había de sentir más y más lacrado su corazón por los indescriptibles tormentos de aquella pasión tan cruel y tan afrentosa.—(*Faber, al pie la Cruz, cap. I, § 1*).

III. A los ocho días de su nacimiento, el Hijo de Dios fué circuncidado y llamado Jesús, según la orden de su Padre celestial. Debíó tener sus padrinos como todos los israelitas; pero se ignora completamente en quién recayó este honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncisión, que siempre se hacía bajo los auspicios de Elías, cuya asistencia visible, decían los hebreos, no faltaba nunca, tuvo lugar, según San Epifanio, en la cueva misma en que nació Jesús; y San Bernardo presume, con bastante verosimilitud, que San José mismo fué su ministro.—(*Orsine, La Virgen*).

IV. Considerados ya los caracteres propios de los dolores de la Santísima Virgen, debemos tratar ahora de otra nota no menos singular que los distingue y que es necesario tener presente siempre, á saber: cómo iba junta con aquellos dolores la mayor alegría. Así se lo reveló á Santa Brígida la misma Santísima Virgen, diciéndole que á sus penas había estado asociado constantemente un copiosísimo raudal de celestial regocijo. Y cierto que no podía ser de otro modo. ¡Cómo, en efecto, concebir que una criatura racional, exenta de pecado, pudiese existir de otra manera que

anegada en un torrente de júbilo! La bienaventuranza es la vida de Dios, y de esa vida manan todos los torrentes de delicias que inundan á la creación entera. No hay otra causa de dolor sino el pecado, y bien que el inocente pueda padecer por culpas ajenas, su padecimiento no puede jamás privarle de aquel regocijo permanente y profundo que la unión con Dios ha de producir necesariamente. Además, no hay merecimiento sin amor, y los padecimientos mismos de la Santísima Virgen no fueron meritorios sino en cuanto del amor nacían y el amor los animaba; el amor era la causa real de sus dolores, y del exceso de su padecer. Pues bien: sabido es que el amor no puede existir sin delectación; por cuanto él es de suyo y esencialmente un regocijo de donde se sigue que la magnitud del celestial regocijo de nuestra Madre Santísima debió de ser proporcionado á la grandeza de su amor.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. I, § 5*).

V. Aflijirse y regocijarse todo á un tiempo, cosa es posible, aun para nosotros mismos, cuya vida interior fué tan alterada, perturbada y desquiciada por la culpa; todos nosotros lo hemos experimentado así, por más que nuestra naturaleza sensitiva sea un campo de batalla donde los combates duran poco, quedando muy luego dueña del campo una ú otra de las opuestas pasiones. Pero en Jesús y María fueron perfectas la simultaneidad y coexistencia del más eminente regocijo y el más vivo dolor; y aun diremos que constituyeron el estado normal de su vida terrestre. Añadiremos que es también uno de los fenómenos más singulares de la Encarnación, fenómeno que parece haber sido en la naturaleza humana de Nuestro Señor, uno como reflejo ó imagen de la unión de sus dos naturalezas en una sola persona, y que de todos modos constituye uno de los caracteres singulares cuya participación otorgó Jesús pródigamente á su Madre. Nuestro Señor en su pasión, restringió, digámoslo así, la luz y la gloria de su divinidad para que no penetraran sensiblemente su naturaleza humana; y aun osaremos añadir que quiso velar la visión beatífica de aquella su sagrada humanidad que brillaba sin nubes en su espíritu desde el primer instante de su Encarnación, para evitar así que su naturaleza sensible quedase contenida en una órbita de felicidad que habría amortiguado sus padecimientos y apagado el fuego de su prolongada agonia. Pues del propio modo, y según la medida con que había sido otorgada, la Santísima Virgen, á causa de su íntima unión con Dios, poseía en lo profundo de su alma un regocijo pleno, bien que contenido en una esfera propia que no le dejase manifestarse con todo su esplendor, ó tal, al menos, que hubiese hecho imposible todo acceso de dolor en su corazón purísimo. Lejos de impedir este acceso, el regocijo de la Santísima Virgen, como ya lo hemos dicho antes, no sólo era alivio á sus padecimientos, sino que los acrecentaba. Recordemos también con este motivo el cotejo que hemos trazado entre los padecimientos de María y los de los otros mártires; éstos cantaban en medio de las hogueras y se regocijaban á la vista de las fieras que iban á devorarlos, porque sus almas estaban indemnes y henchidas de júbilo mientras les desgarraban la carne y les quebrantaban los huesos; pero en María el alma era cabalmente quien padecía más, por la lidea misma que dentro de ella entraban la alegría y

el dolor. En todo esto había algo que se asemejaba, cuanto es posible, á los misterios divinos, porque era una verdadera participación de los caracteres especiales de Jesús, un fraccionamiento del alma que la dividía en dos partes sin destruir por eso su unidad, una excisión sin guerra, una llaga que renovaba la vida, un combate en que todo era paz y concordia. —(Faber, *la Virgen al pie de la Cruz*, cap. I, § 5).

VI. Otra fuente de gozo para María era el participar del gozo de Jesús, cuyo corazón en medio de su angustia abrigaba todo un océano de alegría; alegría que ninguna otra criatura en la tierra podía compartir sino su Madre, porque ninguna otra podía comprenderla. Distribuida entre la innumerable muchedumbre de escogidos la parte que la Santísima Virgen alcanzaba de esa alegría, tocaríanos á todos porción mucho mayor que podríamos resistir. Inundábalas también de gozo singular el ver á Jesús pagando entonces de maravillosa manera las gloriosas prerrogativas que El la había otorgado: cuando aquella preciosísima sangre roció y tiñó las azucenas de sus manos virginales, conoció que era, y como tal la adoró, el precio de su Concepción Inmaculada. ¿Cómo, penetrando este misterio, pudiera María no amar á Jesús diez mil veces más de lo que le había amado hasta entonces? Pues bien, al arrebatado de amor no puede menos de seguirse júbilo arrebatado. —(Faber, *la Virgen al pie de la Cruz*, cap. I, § 5).

VII. Es también Jesús, niño adorado en los brazos de María; pero esta representación del mismo misterio por un evangelista diferente del que nos ha trazado la narración de los pastores, es una prueba sensible de la importancia que Dios ha querido la demos. No parece sino que Jesucristo gusta tanto de aparecer niño en el regazo de su Madre, que nada de cuanto á ello conduce le parece sobrado. En ese estado quiere mostrar toda su flaqueza, sobre ese trono quiere hacer adorar toda su majestad. En ningún tiempo de su vida apareció tan hombre, ni fué reconocido tan Dios. Y como de María quiere sacar el testimonio más sensible de su debilidad humana, sobre María refleja el resplandor más vivo de su divinidad. Por eso no bastaba la adoración de los pastores, sino que era también necesaria la de los reyes; no bastaba la adoración de los judíos, necesitábase la de los gentiles; no bastaba la naturaleza angélica, sino que era aun necesaria la naturaleza física, para proclamar esta grande enseñanza.

¡Y cuántas otras enseñanzas particulares se hallan en estas contenidas! No descuidemos indicárlas, porque, si bien en el estudio de este misterio nos proporcionamos especialmente la gloria de María, todo lo que concurre á dárnosla á conocer aprovecha á la parte que en él toma.

Así como Jesús Niño no puede pasar sin su Madre, así nosotros no podemos pasar sin adorarlo en sus brazos, y por consiguiente, sin honrar á esta Madre con el mayor honor que pueda tributársele después del de la adoración, puesto que debe aproximársele en la proporción de la unión, de la consanguinidad y afinidad que une al hijo con la madre, y al Niño Dios con su Madre Virgen.

Y esto, por un grande y tierno designio; para atestiguar el misterio de los misterios, el misterio de la Encarnación, el misterio de Dios hecho hombre é Hijo del hombre. Aquí está todo el cristianismo que es propia-

mente el culto del HIJO DEL HOMBRE y de la MADRE DE DIOS. Dos cultos que se llaman, se abrazan, están entre sí tan estrechamente unidos como el Hijo y la Madre. —(Nicolás, *la Virgen según el Evangelio*, cap. II, § 3).

VIII. Las grandezas de María se niegan á toda comparación; sólo pueden medirse unas por otras, y por eso no las vemos. Así, María profesa la virginidad hasta el punto de sacrificarla, el honor de llegar á ser madre de Dios, y practica la humildad hasta el punto de hacerla el sacrificio del honor de esta misma virginidad: son alturas sobre alturas, cuya cima sobrepaja todas las virtudes de la tierra y de los cielos, excede todo conocimiento, aun el de la Virgen, y todo tiene por espectador, la vista de Dios que contempla la humildad de su sierva en medio de las grandezas de que la ha colmado. Al despojarse de estas grandezas mediante esa humildad, las justifica, las merece, las consume. Así que, no puede ponerse en duda, que de la Purificación, que no necesitaba, salió María más pura Virgen, más digna madre de Dios, habiendo salido más humilde. Esto es lo que contiene el misterio de la Purificación, bajo de una sencillez, que no deja aparecer nada, y que borra hasta sus vestigios.

Pero merced á un maravilloso encadenamiento de méritos y gracias, de abatimiento y grandezas en María, he aquí, en que en el mismo instante en que sacrifica á los ojos de los hombres la dignidad de Virgen Madre de Dios, es revestida de una nueva grandeza: de la que vemos en el misterio de la Presentación, y que debemos ahora considerar. —(Nicolás, *la Virgen según el Evangelio*, cap. XIII, § 1).

ARTÍCULO V

PLATICA XIV

MARÍA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

A medida que vamos adelantando en nuestro asunto notamos más y más las riquezas que contiene. La niña escogida por el Padre Eterno pasó á ser la joven llena de gracia á la cual viene á convidar un ángel del cielo para que admita el incomparable honor de ser la madre de Dios. Permittedme que os describa en unas cuantas palabras esta escena sin segundo en los anales de la humanidad, en la que dos ministros plenipotenciarios de dos potencias enemigas desde hace muchos siglos hacen una alianza indisoluble para siempre. La entrevista tuvo lugar sin testigos en Nazareth, pequeña ciudad de la Judea,

entre el ángel del Altísimo y la Santísima Virgen. Esta se siente turbada durante unos instantes por la aparición del ángel y especialmente por las halagadores frases que que la dirige. «Nada temas María, le dice el enviado, porque has hallado gracia delante del Señor. Concebirás un hijo que tendrá por nombre Jesús. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le entregará el trono de David su Padre. Reinará eternamente en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.» Y María le dice al ángel: ¿cómo podrá ser esto si no he conocido varón? Y el ángel el responde: *El Espíritu Santo descenderá en tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*

No comentaremos este pasaje, del que brotan torrentes de doctrina y de piedad. Esto nos distraería de nuestro principal objeto, que es hoy el estudiar las relaciones que existen entre María y la tercera de las personas de la Santísima Trinidad. Estas relaciones ensalzan sobre manera á nuestra querida Virgen, puesto que la hacen contraer una alianza á ella, que no es más que una simple criatura, no solamente con uno de los reyes de la tierra, ni con uno de los príncipes del cielo, sino con el amor del Criador, con el Espíritu Santo encargado desde los primeros días del mundo de caminar sobre el caos y comunicarle movimiento y vida. María va á contraer un matrimonio como no se ha visto nunca y como jamás se verá. El Espíritu Santo la toma por esposa. ¡Qué esposo, hermanos míos! No me preguntéis si es grande. Medid, si podéis, la altura de los cielos, y al mismo Dios; abarcad todo el poder que sin esfuerzo ha creado el universo, y comprenderéis la grandeza del esposo de María. ¿Queréis saber si posee grandes virtudes y riquezas? Él es el que ha puesto en las entrañas de la tierra los preciosos metales que encierran; Él ha llenado los mares de arena; Él ha tapizado los cielos de estrellas y arrojado á los vientos las semillas de la vejetación. Es el conjunto de las

virtudes divinas, que han hecho concebir el Verbo en el seno de María. Fiel á sí mismo se complace Dios en formar en los hombres eso que se llama círculos viciosos, y que son en Dios soberanamente fecundos, porque no tienen más fin que su principio, ni otro principio más que su fin. La carne del Verbo es un ejemplo de ello. Esta carne que en la Eucaristía sirve de alimento, que es la fuente de todas las virtudes de nuestras almas, debía engendrar en el seno de María el conjunto de todas las virtudes. Y puesto que á mi mente se presenta esta idea, dejad que la desarrolle.

De la unión misteriosa de la divinidad con la humanidad nació el Hombre Dios, que ha venido á ser nuestro alimento cotidiano, el pan de nuestras almas por la Eucaristía. El que come la carne de este Hombre Dios, el que bebe su sangre, es el único que tiene vida cristiana; y si no come y bebe con frecuencia, se extingue la vida como se extingue la vida corporal sin alimento físico. ¿Qué otra cosa son las virtudes, sino la manifestación de esta vida cristiana? A medida que esta vida languidece, disminuyen en proporción las virtudes; una vez extinguida, se extingue también la vida. ¿Creeis que haya hombres virtuosos sin que comulguen? Sería tanto como decir que el hombre puede vivir sin comer.

Si queréis ser virtuosos, recibid con frecuencia la Eucaristía. Si por el contrario queréis perder vuestras virtudes naturales, dejad de comulgar. Las virtudes del mundo no tienen más que una levadura y es la carne del Verbo, formado con el puro trigo de la virginidad de María, bajo la acción fecunda del Espíritu Santo su divino esposo. Esta carne, que es la única exenta de mancha, es también la única que hace germinar la virginidad. Unión es esta verdaderamente extraordinaria de dos misterios gemelos brotados de un mismo manantial: En la Encarnación, el Verbo es concebido en el seno de María, por

la acción del Espíritu Santo; en la Eucaristía, el Espíritu Santo es concebido en el alma de los cristianos por la acción de la carne del Verbo. María es la fuente de estos dos prodigios. ¿Podremos expresar la gloria que esto le produce? Cuando un esposo que merece verdaderamente este nombre encuentra á la esposa que ha soñado para madre de sus hijos, se complace en adornarla con todas las gracias. En su compañera deposita toda su gloria. No renuncia el Espíritu Santo á estas prerrogativas humanas, y por lo tanto son incontables los encantos de que ha adornado á su esposa. Por esto forma una jerarquía á parte, mucho más elevada que la de los santos y que está en contacto con la Trinidad. No creáis, hermanos míos, que este Espíritu haya aguardado la hora de la Encarnación para preparar su obra maestra. Santa Brígida nos enseña en sus revelaciones que el Espíritu Santo estaba en el templo al rededor de María como abeja vigilante que desde el amanecer da vueltas al rededor de la rosa que no abre aun su cáliz y espera que entreabra su corola al calor del sol matutino. Veló su adolescencia, y después que hubo puesto el sello de la perfección en esta creación de su amor, más satisfecho de sí mismo de lo que pudo estarlo el Creador después de su obra en la que empleó seis días, no pudo contener ya los trasportes de su alegría, y dejó que se derramaran en un epitalamio que conservan nuestras Escrituras. Dios tuvo por vez primera una criatura digna de su amor y resonó por primera vez en la tierra una voz autorizada para defender su causa en favor de la justicia ultrajada.—Venid, almas tristes y desalentadas; venid, desheredados de la tierra; la esposa del Espíritu Santo, la que tiene en sus manos los consuelos y el amor substancial de Dios, está preparada para derramarlo en vuestras almas.....

El contento es lo que mejor nos prepara para ser espléndidos. Los reyes lo son, porque generalmente son fe-

lices. Lo mismo pasa con la reina de los cielos, que es más dadivosa todos los días, porque, esposa de un esposo cuyo amor no envejece, procura derramar el sobrante de su felicidad. De ahí nace el continuo donativo de sus gracias y misericordias inesperadas que arrancan al infierno sus víctimas cuando más seguras las creía. Cuenta San Ligorio que un pecador endurecido en el crimen y que no quería enmendarse, tuvo una noche un sueño horrible primero y halagüeño después. Parecíale que se hallaba en el tribunal de Jesucristo, y que el demonio le acusaba con sobrados motivos. María desempeñaba como siempre el papel de abogada de los pecadores, pero no tenía en qué apoyar su mediación por ser tantas y tan grandes las faltas del pecador. El fiel de la balanza se inclinaba del lado de la condenación, cuando la Santísima Virgen puso resueltamente su dedo en la balanza, que se inclinó en favor del criminal. Ya veis que la esposa del autor de las gracias puede hacer en un momento que se nos perdonen nuestros pecados.

Nadie debe desesperar si sabe atraerse la protección de la reina de los cielos, que es tan liberal. Para que se declare en favor nuestro basta una exclamación sincera, un simple *miserere* inspirado por el arrepentimiento. Pronunciémosle, pues, sinceramente y digámosle: ¡Oh María, desposada con la gracia para salvar á los pecadores, tú que ves mi arrepentimiento, ve también la confianza que pongo en tí y recibe en tus maternales brazos al hijo culpable que á ellos se arroja, diciendo: Oh madre mía, apiádate de mí!—ASÍ SEA.